MANUEL LAPIZ - Dragón soy del escapitajo.
PROLETARIO - Sí, hasta que te apriete el capitalismo contra un montón de oro para que hueva, en forma de columnas, sobre la homrdez y el trabajo, tu haina fétida.
MANUEL LAPIZ - No importa! Senador soy, y de expedientes vivo.
PROLETARIO - Ya que te gustan, con esta pica, abriremos al que está en conserva...

Suplemento Semanal de LA PROTESTA
Restaurant y Cervecería --- Salones especiales para familias y banquetes

Atención Vegetarianos

Restaurant Vegetariano
Unico Establecido en Buenos Aires
449 CALLE 25 DE MAYO 449 (altos)

Acudid a el todos los que desea una vida sana y alegre. Rijos bien que la base de la existencia está constituida por una sana alimentación.

Restaurant Vegetariano
25 de Mayo 449 (altos)

G. San Germier

Por cinco pesos
Se manda libre de porte un surtido de 25 paquetitos de semilla al gusto del comprador, un lindo osebo y un calendario de las semen- teras.

Alfalfa de la Pampa
CALLE LIMA 1165 - Buenos Aires

LOS OBREROS Casa fundada en 1884
DE Federico Roveda

ROPA HECHA Y ARTÍCULOS
PARA TRABAJADORES
619 CALLE DEFENSA 619
Nota: Nuestra ropa no se de co o de la V. catálogo

I. Bonansea
CIRUJANO, DENTISTA - MECANICO
990 Calle Moreno 990
BUENOS AIRES

Justino B. Lamarque
CIRUJANO-DENTISTA
Ex-gefe del consultorio Odontológico de la A. Pública
Horas de consulta: de 8 a 11 y de 1 a 6
Calle Artes 543 - Buenos Aires

FOTOGRAFÍA

REFFO
Defensa 861 - Buenos Aires

MARTIN FIERRO
Suplemento «manac» de «La Protesta» — aparece los lunes
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Santiago del Estero 1072
PRECIO DE SUSCRIPCIÓN ADELANTADA
EN LA CAPITAL
Trimestre . . . . . . $ 1.20
Año . . . . . . . £ 4.80
Exterior: $ 4 oro al año.

EN EL INTERIOR
Trimestre . . . . . . $ 1.80
Semestre . . . . . . £ 3.50
Año . . . . . . . £ 6.00

Número suelto: 10 centavos
— Provincias: 15

AGENCIA DE MARTIN FIERRO EN EL ROSARIO: LIBRERÍA DE E. SOTELO. CÓRDOBA 1288
Casi estaría por estallar en una estruendosa carcajada.

Esas cosas tan graciosas, que dan tanta risa, esas caras de píllos pintarrajeadas con polvos de puder! ¡Pleno carnaval! ¡Lainez, injuriador profesional, acusando por injurias? ¡Madero «asesino legal» oficiando de dispensador de justicia? Haces bien en reírte, Alberto, tú el acusado, acusador! Yo debería reírme también, contagiado por la mascarada que pasa con sus visajes ridículos.

La nota grotesca ha surgido a raíz de una gran empresa, de una tarea jamás intentada con tanta valentía, en este país donde los traidores del pueblo imperan a una gran altura.

Era una tarea arrancando máscaras groseras a falsos apóstoles, desgarrando túnicas de mentidas virgenes que en la prostitución pública se cotizaban a los más altos precios.

Y los frutos eran esparcidos al pueblo, al triste, al engañoado, al abofeteado pueblo, arrojándole a montones las verdades, para redimirlo con ellas!

Mordían sus labios de libidinosos, ellos, los falsarios, los colosos de la prensa, cuyos poderes se descubrían, sin miedo a sus contenidas iras, a sus iras de jauría, pues se les atacaba en conjunto y uno por uno!

Todo el fangal fue rudamente sacudido, toda la fatidez que dormía en el fondo, surgió en el ambiente, mostrando la mentida pureza de que blasenan, cinicos, los colosos de la prensa.

Y era una sola voz la que surgía en medio del silencio alóntano, la voz de una naciente entidad periodística, un diario que portaba todo el dolor sublevado de las matas de abajo.

Mejor así, ella era potente y con el timbre seguro del que no incurre en mentira y no tembleora de miedo, impregnada, ella, con el calor que solo dan las sinceridades profundas.

Azotados fueron los mercaderes, los adueñados del templo, y se dejaron azotar: contra esas armas no podían defendernos.

Uno se alzó, el más cinico, el más desvergonzado, el más prostituido, al que no le queda ninguna rastro de puder que cuidar; y se alzó, no para aceptar el reto alivio de la honradez ante la sanción pública, sino... para hacer otra papeleta!

Pero, esto, no es sino un brevísimo accidente en la tarea empeñada para barrer con esas fuentes envenenadoras de la salud de los pueblos, esos diarios que debieran ser faros y que en cambio arrojan, más sombra aún, sobre el mar humano!

Y las piquetas revolucionarias caen sobre los pedestales de esos falsos ídolos, produciendo el sonido del acero que va minando tranquilo y fuerte!

Es tarea de grandes energías y de grandes fortalezas morales: exige músculos bravos, que no se doblan, que no tiemblen.

Y ahí está Ghiraldo, con la piqueta en alto que produce sonidos vibrantes y seguros!

J. Alberto Castro.

---

HORAS DE CHACRA

Siguen los dos el surco recamado
De agrestes margaritas que el arado
Maceró con sus rejas al pasar:
En el aire los brillos recuerdan
Como ares de cristal que pretendieran
En el barbecho fértil amasar.

Con que corona de rojo su clarín:
Mira al sol y al objeto de su ansia,
Infía el plumaje de oro, y con prelucio
Se posea frílrit.......

Entre las aguas del recino charco
Dibuja un círculo, con el grácil arco
De su garganta, un pecho de mujer;
Y en la orilla los trémulas tontoras
Fingen talles flexibles de pastoras
Cimbretantes de placer....
Brioso de aromas, somnoliento, el burro
Se dejo hipnotizar por el susurro
Del enjambre dorado del jardín.
El perro hace crujir en sus orejas
El rencor, porque rayan las abejas
El silencio, con alas de esmeralda.

Las brasas al cruzar por la arboleda
Rozan sus trajes de impalpable seda
Con la mística hojarasca que cayo;
Y al saltar el jardín se alzan la salda
Pero deja su encaje de esmeralda
En las flores un íntimo temblor.

En el azul, las aspas del molino
Bailan el vigoroso torbellino
De todoas las cosechas por cenir;
Y el agua asciende, salta y cabrillea
Como sangre de virgen que chispea
Ante el beso del labio varonil.

Sobre un seno sensual de la campiña
Exprime con mil manos una viña
El jugo de la fuerza mineral.
Y se aferra al alambique, y los fermentos
Presiente, porque ensaya sus sentimientos
En torsión de potencia muscular.

Apoyado en la espléndida cadera
De su nodriz, un niño desespera
Por montar de una vaca en la cerviz;
Y esta muje, y tranquila ramonera,
Y se azota el iar, y parpadea al sol y al niño, con unción creatriz.

El viento fatigado del desierto
Deja en todos los árboles del huerto
Un ritmo de excitante floración;
Y abajo, en el trigal, con las espigas
Habla de tierras virgenes y amigas
Ansiosas del arado genitor.

Siembran los dos: y para echar semilla
La joven ha plegado a la rodilla
El ruedo de su falda de percal;
El se detiene, baja del arado.
La besa, la acaricia, y a su lado
Se tira sobre el surco a meditar.

Eduardo Taleño.

---

DE CEREBRO Á CEREBRO

Mme. Remusat nos ha ofrecido hace poco algunas cartas de Enrique Ibsen, dirigidas al gran crítico Jorge Brandés. El interés y el éxito que han producido esas cartas, publicadas en La Révue de Paris, entre las gentes estudiosas, nos mueven a hacer un extracto de ellas, ofreciendo lo mejor de las mismas. En su conjunto parecen algo así como una de esas intervenciones prudentísimas, donde sólo habla el sujeto abordado y contesta el interpelante, con ligeros espacios de silencio. Pero son algo más. Son un curso nobiliísimo de estética, de moral, de sociología. Intimas confesiones no pensando jamás en la contingencia de publicidad alguna, como aquellos enamorados del siglo último, que hicieron sus encíclicas de amor bajo el nombre del amado. La señora Sand y el señor Musset pensaron demasiado en el público, hasta en los más personales momentos de la carne.

Se trata de una correspondencia que sólo tiene igual en las cartas de Euler y Clarke, y, mejor aún, entre Schiller y Goethe. Las primeras cartas de Ibsen datan de aquella fecha, en la que empieza á acusarse, á consecuencia de la guerra desastrosa con Prusia (1863-1864), la resurrección del movimiento público en la vida y en las artes. La irrupción del Sur, esa irrupción que había de desvencerse muy pronto á Europa de la manera más cumplida y completa.

Las cartas de Brandés, contestando al ilustre dramaturgo, no han merecido aún los honores de la publicidad; pero aunque no lo alcanzaren nunca,—no es de creerlo,—pueden vivir en lo privado, sin quitar mérito alguno á esta media correspondencia por demás interesante. Con todas las inevitables faltas con que se hacen hoy las reconstrucciones del mundo antiguo, se pueden reconstruir las respuestas que ignoramos, á lo menos en espíritu. Hay un hombre que habla; pero hay otro que escucha, y que ha dicho algunas veces algo.

«Dresde, 26 de Junio de 1869.
Querido señor Brandés:

He experimentado un verdadero alivio al recibir vuestra carta. Temía, efectivamente, ser considerado por usted como un ingrato, pues no os había vuelto á dirigir una palabra después de haberme animado como nadie lo ha hecho todavía. Sin embargo, soy un ingrato.

Lo esencial no es ser «glorificado», sino ser comprendido. Sino os he escrito antes es porque en mí ánimo mi contestación ha tomado las proporciones de una gran disertación estética, empezando por el problema: «Qué es la poesía?». Ya comprenderá usted que hubiera sido demasiado larga, y que el asunto podría mejor tratarse de palabra.

Se ha juzgado mal á Brand, al menos en cuanto á la intención que he puesto en él. (A eso podrá usted objetarme, es cierto, que la crítica no tiene por qué ocuparse de la

CARTAS DE IBSEN Á BRANDÉS
intención.) El error proviene, desde luego, de que Brand es un sacerdote, y de que el drama, de hecho, está dentro del dominio religioso. Estos dos puntos no tienen importancia. Yo habría podido desenvolver el mismo silogismo, tomando por protagonista un escultor o un político. Mi fiel creador se habría debido a sí mismo. En vez de Brand hubiese escogido la figura de Galileo,—naturalmente, con la restricción de que éste hubiera sido bueno y no habría reconocido la inmovilidad de la tierra.—¡Quién sabe!... Sí yo hubiese nacido cien años más tarde, os habría tomado por asunto de mi estudio, con vuestra lucha contra la filosofía de transición de Rasmus Nielsen (1). En suma, en Brand hay más objetividad encubierta que la que uno, hasta el presente, ha desentrañado. En cuanto a mi calidez de poeta estoy en lo firme.

En mi nueva comedia (2) encontrarás un tomo familiar: nada de emociones violentas, de sentimientos hondos y, sobre todo, de ideas extrañas a la acción. El reproche que con razón me diriges a esta en forma de algunas réplicas de Los pretendientes a la corona, desde el autor el que habla, ha producido su efecto. Su crítica de usted—y le suplico que interprete esto como la mejor expresión de mi gratitud—ha sido para mí lo que fue para Jacob de Thybo (3) la crónica de Mons Wingoar. La he leído diez y sésis veces y otras diez y sésis veces, y confío en que me será muy útil para refinar muchas bataillas.

Esto con ansiedad y esperanza escrito sobre mi nueva obra. Estás escrita en prosa; por lo tanto, está completamente preparada para el mercado. He cuidado la forma y he realizado el gran trabajo de evitar todo monólogo, así como toda réplica «aparte». Pero eso no prueba nada. Así, le revuelo a usted encarecidamente, si dispone de una hora de descanso, que le sea de mucha utilidad. Cualquiera que sea la sentencia a la que se pueda llegar, debes de estar completamente aislado. El volumen no se pondrá a la venta hasta el otoño. ¡La espera será muy larga de aquí á entonces!

Procurad saludar en mi nombre á nuestros dos comunes amigos, Jonas Collin y Julio Lange. A este último no debía producirle una buena impresión cuando me vió en Roma. Estaba yo de un humor de mi diablos, y tenía muchos motivos para ello. Por mi parte, deploro que no tengamos la suerte de encontrarnos en Roma; pero me alegro de que os dirijáis al Mediodía. La primera vez que se está allí se experimenta una indecible alegría.

El gran discípulo toma la pluma al mes siguiente y escribe así al maestro:

«Dresde, 15 Julio 1869.

Querido Sr. Brandés:

Lo que me dice usted de Bjørnson no me sorprende. Para él no hay más que dos clases de gentes: las que pueden ser útiles y las que le molestan. Sabe mostrarse buen psicólogo con las figuras creadas por su imaginación, pero le falta la penetración en presencia de los seres reales.

Comienzo á ver que hubiera valido más no invitaros á leer mi nueva comedia. Reflexionando en ello, me inclino á creer que lo que os interesa en la obra dramática es la contienda trágica o cómica que se verifica en el alma de un individuo. Usted se cuide muy poco de los hechos positivos, políticos y demás. Por esta vez no he querido dar más de lo que digo en mi obra; es por encima como hay que juzgarla. En ello interviendo usted, pues una observación suya, recogida en sus tratados de estética, me ha dirigido por ese camino. Yo os contaré esto de palabra.

Ha habido una mala inteligencia si habéis supuesto que en mi pensamiento la pintura de las emociones violentas y de los sentimientos hondos debía desagradaros. Yo he querido sencillamente advertiros que no busquéis lo que no habéis de encontrar.

No participo de vuestra opinión, tocate á algunas partes de Peer Gynt. Naturalmente, me inclino ante las leyes de la Belleza, pero no hago caso de sus convenciones. Usted cita á Miguel Angel. Yo creo que nadie como él ha quebrantado las reglas convencionales en materia de Belleza. Sin embargo, todo cuanto ha creado es bello, porque toda su obra tiene carácter. El arte de Rafael no me ha entusiasmado nunca; sus figuras son anteriores á la caída de Adán y Eva. Además, los meridionales tienen una estética diferente de la nuestra. Exigen ellos la belleza de la forma, mientras que á nuestros ojos lo que es feo, en cuanto á la forma, llega á ser bello si descubrimos en ello un principio de verdad. Es inútil discurrir sobre estas cosas con la pluma en la mano; sería menester que nos viésemos.

Mantengo lo que he dicho de Brand. Usted no sabrá encontrarse en mis argumentos que la obra ha suministrado á los pietistas. Tanto valdría acudir á Lutero de haber introducido en este mundo el espíritu burgués. Eso no entraba en sus designios y no ha lugar á hacerle responsable de ello.

De todos modos, gracias por vuestra carta y gracias por haber venido hacia mí, mi amigo. Es una gran dicha haber encontrado una personalidad.

Piensa partir el martes para Stokholmo. El otoño volverá á Dresde, donde mi familia quedará en mi ausencia, y pasará probablemente por Copenhague, con objeto de hablar con usted, no sólo de cosas literarias, en las que no estamos de acuerdo, sino de muchas cosas interesantes para la humanidad, en las que estamos en vías de entendernos.»

El gran dramático no conocía todavía á Jorge Brandés. La amistad de Nietzsche, en oírle á Peer Gynt, se estrechaba, sin embargo, entre los dos genios, para favorecer la moderna cultura del Noruego. A fines de 1870 era ya íntima y algo más que el «acuerdo indispensible para que pueda existir un lecho de
amistad», como pedía Ibsen en una carta de comienzo de año.

Hai aquí cómo el poeta escribía al crítico, despertándole para la intimidad, más que saludándole en el comienzo de sus misivas:

«Drosde, 20 Diciembre 1870.
Querido Jorge Brandés:

Le tengo a usted estos días constantemente en la cabeza. Por el editor Hegel, así como por los perjudiciales, he tenido noticias de su enfermedad. Se supone que está usted demasiado débil para leer cartas, y por eso no os ha escrito.

Desde ayer que recibí vuestras líneas amigas, me encuentro tranquillizado. Muchísimas gracias por haberos acordado de mí.

Me pregunta usted qué debe hacer ahora. Voy a decírselo. Durante algún tiempo no debe usted hacer nada. Deje usted descansar, durante un período determinado, su pensamiento y su inquietud. Se rependerá en esa calma: eso es precisamente lo que tienen esas enfermedades de buen. Tendrá usted días insalvables cuando comience a tomar fuerzas. Yo lo sé por propia experiencia. Los males pensamientos habían huido; no quería comer, ni beber, sino cosas delicias, y olvidar las cosas groseras creo que me hubiese sentado mal. Es un estado de inexplicable bienestar y gratitud.

¿Qué haréis cuando estéos repuesto? Haréis lo que debais hacer. Una naturaleza como la vuestra no titubea.

He estado en Copenhague el último año. Allí tiene usted más amigos y partidarios de lo que puede usted pensar acaso. Tanto mejor si está usted ausente algún tiempo. Es bueno hacerse notar...

He aquí que nos hemos cogido a Roma, a nosotros, simples mortales, para entregarnos a los políticos. Dónde vamos a ir ahora? Roma era el único sitio de Europa veráldamente pasable, el único sitio donde reinaba la verdadera libertad, esa que escapa a la tiranía de las libertades políticas. Yo no creo que vuelva a ella, después de lo que ha pasado.

La balanza, la calma primitiva, van a desaparecer de ese sitio con la pintoresca importancia. A cada hombre de Estado que se vea surgir, corresponderá la pérdida de un artista. Se extinguirá la noble sed de indepencia. Yo, lo confieso, lo que amo es la lucha por la libertad; pero no me preocupo por la posesión.

Una mañana, hace de eso mucho tiempo, tuve la noción clara y precisa de una nueva obra. Loco de alegria os escribir; pero la carta no salió, porque la borrachera no duró mucho tiempo, y, cuando pasó, lo que había compuesto no me pareció tan bueno.

Los grandes sucesos contemporáneos ocultan una gran parte de mis pensamientos. La quimérica antigua Francia está destruida; el día que la joven Prusia realista haya sufrido la misma suerte, entraremos de golpe en una nueva era. ¡Oh! qué ideas correrán entonces alrededor nuestro! ¡Vendrá tiempo en que eso ocurra! Nosotros vivimos de las migajas que han caído de la mesa de la Revolución del siglo último, y esa alimentación, después de tanto tiempo, está masticada y remasticada. Las ideas necesitan alimento y desenvolvimiento nuevos. Libertad, igualdad y fraternidad, no son ya lo que fueron en la época de la difunta guillotina. Los políticos se obtienen en no comprenderlo y por eso los odio. Queden revoluciones parciales, superficiales, de orden político, etc., etc. Tonterías. Lo que importa es la revolución del espíritu humano.

En eso usted será uno de los que muestren el camino... Pero antes que nada desembazaros de la fiebre.»

(Continuará).

Cómo y por qué es una batalla

Hace unos días se ha verificado una terrible batalla en la Manchuria. Europyale ne por un lado y Qyma por otro. Un corresponsal, dando cuenta de ella, ha dicho: «Se estima en 30,000 hombres las pérdidas sufridas por ambas partes.

El corresponsal no ha contado los muertos ni los heridos, pero con todo su cifra no debe estar muy lejos de la verdad, teniendo en cuenta las pérdidas que han experimentado los rusos y los japoneses en los encuentros anteriores.

30,000 hombres no tienen aire de nada cuando se han esas tres palabras por la mañana amaneciendo. Una vez que se ha leído se deja tranquillamente el periódico, se enciende un cigarrillo y se piensa en otra cosa.

Sin embargo, esa cifra tiene una significación.

Con un poco de imaginación es fácil darse cuenta de ella.

Representada el campo de las carreras de Longchamp un día de gran revista.

¿Cuántos soldados habrá? De 15 á 20,000 creo yo.

Pues bien, supone todos esos hombres tendidos, muertos o heridos, yaciendo sobre un charco de sangre con la cabeza, los brazos o las piernas destrozadas, co el vientre abierto, y podréis formaros una idea aproximada de la que ofrece una batalla, en la que se anuncia únicamente que 20,000 hombres han quedado fuera de combate, lo que se loce así distraído, de recio.

En este momento me acuerdo de esta frase de Federico el Grande: «Si mis soldados se echaran a pensar no me quedaría uno en las filas.»

Pero el hombre que piensa es un ave rara. Y cuando se encuentra uno él no cree pertenecer a la masa de los demás.

He ahí por qué de cuando en cuando se mata en alguna parte 30,000, 40,000 hombres puestos en fila para secundar los designios, las ambiciones o los cálculos de gentes que se mantienen a honesta distancia de los campos de batalla.

H. HARDUIN.
El Don Juan de Don Manuel

Lo vi en el rincón más oscuro del baluarte, temblando como un niño que imaginara dudas en la sombra. Y admiró sus gestificaciones, y vi con sorpresa que sus ojos otrora fíeros e insolentes, se agitaban en los oídos, con esa humildad que desata el terror en los espíritus cobardes.

Y no me explicaba porque la muchedumbre apenada al pie de las ventanas del castillo, batía palmas y rezaba con un grito infinito.

En un momento de crisis nerviosa, acudió al armario que guarda un proceso colorido arrancado de las manos de la justicia; al abrirlo dejó en descubierto un teatro de fantoches, mínúsculas que comenzaron a danzar en su presencia. Vi caretas, parásitos, pelucas, cadenas con monograma probablemente las que lo han ayudado para trampar a las alturas; sobre hacían misteriosamente que parecen falsos de verdaderos documentos infamantes, diga contra la justicia, una serie de palabras y varias cuestiones de mangas anchas: ¿perdemos anchuras?

Tomó del armario una flor de las que el arbusto genealogía de la familia ha dejar por toda herencia. Se embadurnó el rostro con pomada blanca y luego extendió sobre sus mejillas los colores del rojo; una falda de seda blanca, una blusa negra y una pequeña capelina de paja, completaron su arrogante figura de pública doncella, da condenación como la blusa, pero ruborosa por los ataques de la turba. Echó llave al armario pero la cerradura era falsa; seco exhibió dos colgados el proceso cebrado. Colérico se asomó a la ventana y disparó la flaca diciendo:

—No vais locas desatadas que vuestras injurias hanme llenado de rubor. Temal en pago de vuestra ofenida.

Pero el duro quedó en suspenso en el espacio, clavado en la cadera que acababa de arrancarle un golpe de viento.

La muchedumbre no dejaba de reir, encantada de tan grotesca aparición. Y el viento que había arrancado la cadera, desparpajaba sin piedad esos bordos de documentos infamantes entre la turba de locos desatados; y mientras un ruido extraño extrañado a los fantoches que seguían bailando en el armario, apareció, abriendose paso por encima de un montón de podridumbre agitado en la puerta de la justicia, el alma de esa turba de locos desatados. Al ver la doncella huyó desapareciendo; pero un chorro, muy común en las paredes del baluarte, descargó su faldas y arrancó su blusa. Cayó la pelusa en la cinta y preza nuevamente del terror nuestro héroe fue a refugiarse en el armario.

Los locos desatados avanzaron tras de su guía, y golpeando el armario no cesaban de gritar: ¡grotesco, grotesco! mientras nuestro hombre seguía mirando tembloroso por el ojo de la llave, el movimiento constante de la muchedumbre enredada...

César Livio.

“El Jardín de los Sulpicios.

INTERPRETACIÓN

El Jardín de los Sulpicios.—Es jardín y es presidio; quiere decir: es vida y es muerte. Cosa rara, pero así, el mundo es el jardín de los suplicios; es el vasto escenario donde eternamente se representa esta tragedia: ¡Vida y Muerte!

Tiene por actores a los hombres y por espectadores la nada... el espacio infinito, lo desconocido... lo desconocido que mientras no deja de serlo suele siempre, nada! Ah! si los astros pudieran vernos! Tal vez entonces ya habría espectadores para la risible comedia humana.

Sí, risible, por cierto! De en medio de ella, surge el Amor como una llama invisible que abraza el mundo, unas veces para estrangularlo, otras para darle vida.

Y allí va el genero humano impulsa-do por las ansias provocaderas de ese amor insaciable. Alucinado, cree satisfacer el feroz deseo de vivir, devorando su vida propia. ¡Bi ahí como viene a aparecer la Muerte al llamado de la Vida!

Llega la muerte; pero no triunfa: de aquel junglar inmenso el hilo de la vida se desprende: aquel muladar es un jardín y la sangre humana que chorrea de la víctima, fecunda la tierra y alimenta la turba de "pavos" y "faisanes". Los gritos de horror que exhalan los asustados, producen volúptuoos espasmos en los espectadores, es decir, en los actores mismos de la comedia; y en aquel jardín, donde la muerte despliega todo su poder con gran lujo de horcas, jaulas, cepos y mil instrumentos de suplicio, allí, donde brilla la miseria y caen
La mentira, los intereses, las leyes y las instituciones sociales llamadas de justicia: donde cae todo bajo la plancha enorme y aplastadora de la realidad, allí surge la vida; allí crecen, al pié de plantas que son el emblema de la muerte, otras que son el emblema del amor: se respira un un ambiente preñado por la esencia de flores que huele a cadaver y flores cuyo polen esparce en el aire movible un olor excitante... un olor a secundidad! He ahí en efecto, la vida renaciendo perpetuamente de la muerte! Hay verdad en Victor Hugo cuando dice que "l'homme va et vient dans la mort". Si: el hombre siendo la esencia misma de la vida, viene de la muerte, y va constantemente hacia ella.

El jardín de los suplicios es el presidio de la Humanidad!

El jardín es el mundo; los suplicios, la vida; los ajusticiados, los hombres!

**

El viejo narrador.— ¡Oh, el viejo narrador; el hombre de «rostro ajado y macilento»!—ese, es en el momento que conoce á Clara, el hombre decepcionado, decepcionado de la vida, como él dice: pero de qué vida!—de esa vida puramente artificial, de esa vida que no es vida, de esa vida de salones, francesa ó inglesa...

Es el hombre que ha fracasado en las luchas políticas, que no consiguió ser diputado y perdió la esperanza de poder vivir parasitamente, mamando ese exquisito y sabroso sudor del pueblo que gocea por las innumerables tetas del presupuesto.

Y por estas y otras causas, se dice decepcionado de la vida.—En otro tiempo ha cometido algunas «calaveradas» y por esto se cree culpable, casi abominable; ha tomado participación en algunas intrigüillas callejeras y cree haber agotado la copa de los crímenes, — se juzga despreciable! Dice conocer á los individuos, se llama hombre de mundo, y se engaña; es un niño, un «gurrumino» como lo llamaba Clara. Conoció el exterior de la vida y desconoció el interior: porque nunca había pasado la noche en una «barca de flores», llamaba «gran calaverada» permanecer algunas horas en reuniones más ó menos morales ó inmorales!

Oh! aquel hombre de rostro ajado y macilento, conocía apenas las flores de la vida... y no todas, y en cambio, desconocía las zarzas totalmente; las zarzas que á su vez les brindan flores y preciados frutos.

Clara se lo enseñó todo: le hizo conocer crímenes y escenas de amor admirables; le hizo ver podredumbres que sus ojos no habían visto: lo embriagó con aromas que jamás había sentido: lo hizo descender al fondo mismo del amor y de la muerte, le hizo conocer el anverso y reverso de la existencia.

**

Clara. — Clara es la vida, pero la vida intensa; la expresión de la naturaleza misma que crea seres sobre las cenizas de otros seres. Clara es la vida amplia: y de su alma fecunda, brota ese amor, que llega al éxtasis cuando crea; á lo ideal cuando en el cielo nítido de su pureza, vé aparecer alguna «nube rosada» que se disipa entre el vapor nauseabundo de los crímenes; y á la realidad sublime cuando está en presencia del horrible esterior de la agonía y el frío de la muerte! Eso es Clara.

**

EN EL PRESIDIO: Los cepos. — ¡Oh los cepos! allí reside la ignorancia! —gentes del pueblo, obreros, «granujas del muelle», pobres, escoria social, vagabundos... ignorantes!

¿Qué han hecho?—nada: son ignorantes: desconocen la cultura social, la hipocresía, las falsedades, el odio, las leyes, los principios de moral, talvez no tienen religión... ó tienen demasiada... —Las clases superiores les han aplastado y ungido al yugo!

¡Oh, los cepos!

**

El Poeta. — Allí en las rejas, así desnudo, harapiento, asqueroso—poeta—me parece el símbolo de la miseria. de esa miseria negra, más negra que las entrañas de un abismo —miseria sin nombre!

No te quejes, has recibido tu premio: no olvides que «en todas partes donde un alma grande da vuelo á sus pensamientos, encuentra siempre un Golgota» (Heine); tu encontraste el tuyo río te quejes.

¿Qué hiciste? has alimentado con tu sangre esa multitud agolpada ante tu reja. Era tu misión: «los genios son seres destinados á alimentar las almas» (Hugo). Pero, que mal hicieron tus versos?
ninguno....; fué una sátira escrita contra un príncipe....

Ah! yo no sé porque los poetas son siempre los primeros en romper sus lanzas contra la coraza de los príncipes y abrir la primera brecha en el trono de los reyes! Pregúntale á Voltaire, á Diderot y á Rousseau qué es lo que hicieron del trono de la vieja Francia; pregúntale á Zola, á Kropotkin y á Tolstoy, que es lo que quieren hacer con la sociedad actual..... creo que quieren redimir la. Lo conseguirán? es probable. Verán el fin? no seguramente. Verán talvez el castigo con que les obsequiaron los que han de ser redimidos!

Lo ves poeta? que has hecho tu? has luchado, dices? —pues bien: ahí tienes á tu pueblo agradecido, á tu multitud delirante agolpada á tu reja; recojo esos pedazos de carne que te brinda: no tienen nada más que unos cuantos gusanos; recién comienzan á pudrirse... aprovechálos, tienes derecho á ellos, es el tributo que te ofrecen los redimibles!

Misero poeta! tuyo es el pasado, el presente y el futuro. Siendo el precursor de la vida, hoy eres el símbolo horrible de la miseria!

La campa. — Todavía en mis oídos resuena el eco melódioso de las campañas; cuando era niño le oía con recogimiento; después le oí con mofa y hoy... con indiferencia. Ah, sonido maldito! como el zumbido de una inmensa tropa de mongolases resuena en mis oídos el eco que emocionó mi alma en otra edad: solo con grandes esfuerzos hube podido extinguirlo! Pero en la atmósfera popular, reina todavía; es el azote de la humanidad: es el condensador de la vida, es el distribuidor de imbécilidad entre el género humano; es el flagelo por que descuartiza el cerebro de los hombres: es el culto, es la creencia!

Aún me parece estar viendo la inmensa campa, allí en el jardín, rodeada de flores, y dentro de ella un hombre agonizando al rítmico compás de su sonido!

¡Oh triste Humanidad! que horrible es tu destino si en el camino eterno de la vida ha de oirse siempre ese fatal tañido!

Pero no; amanece el nuevo día, y con el fulgor rojizo de su aurora y el canto de los libros; ya no han de oirse los religiosos acordes....

Ea! pues; conciencia humana, prepárate! pueblos de la Tierra, despertad! que el eco de las místicas campañas ya disminuye, disminuye, cada día... en la Crecherie ya no se siente!

:*:

Fuera del presidio: La barca de flores.
—Una barca de flores, así envuelta entre luces y vapores, y de la que surgen profusión de sonidos y ruidos, un intenso olor á molicie y horribles quejas voluptuosas, no puede ser más que un anto de dolor, un prostituto, lupanar innoble, donde debuta el adolescente, y donde el hombre contempla satisfecho la obra tenta, pero asaz destructora de la muerte.

Ahi va la barca de flores navegando por el mar de la impudicia con las velas desplegadas, hinchadas con el mágico soplo del amor; viaja con rumbo hacia la Muerte conduciendo á su bordo la Vida.

Va Clara en ella; pero va sin sentido; extenuada, casi muerta.

Su alma presenció tanto crimen por la tarde en los jardines... se embriagó con tanto aroma... se deleitó con tantas visiones!

Y hela aqui, ahora sumida en voluptuoso desmayo, agobiada bajo el peso del deseo; consumida por esa angustia dolorosa causada por el exceso de placer y de lujuria, por el espasmo de tanto goce y la aspiración de tanto aroma; si, por la aspiración de tanto aroma desprendido de las tumbas y las flores en la suprema unción de la vida y de la muerte.

Clara, que es la vida—asi envuelta entre vapores—en ese momento de suprema angustia, parece entregarse, como una débil virgen, en brazos de la muerte; parece entregarse, anhelante, en extasis sublime, como se entrega un ovario—entrañado al recibir el fecundo polen!

Y dura el desmayo, lascivo sopor. Clara no despierta. Volverá en sí? Oh! volverá, no hay duda, y traerá en su alma fecunda, el germen de un nuevo ciclo!

Volverá, sí; feliz ó triste humanidad si Clara no volviera! Creo que habría llegado el momento aquel que predijo Flamarion, en que la Tierra muda y fría comenzaría a girar por el espacio infinito como un sepulcro ambulante en el silencio desierto de la noche eterna!

R. López Dominguez

Santa Fe, Noviembre de 1904.
Los árboles enanos del Japón

*Toiour gais* dicen los franceses. Siempre alegre. Y siempre artista. Ved á su Mikado que entre un parque de Oyama que le anunciaba la destrucción de un ejército y otro parte c Togo que le comunicaba el aniquilamiento de una división naval, inaugura una exposición de crisantemos en Tokio. El crisantemo es, como sabéis, la flor nacional, la *Hy**s* del Japón. El Mikado examina intímidamente las variedades, diserta sobre ellas, aplaude á los cultivadores, los condecora. Después vuelve á sus mapas y á sus planos. Se le ha ofrecido *Port Artur*; es igual; se le da una exposición de crisantemos.*Toujours gai.*

Las damas parisienses no han tenido oficios japoneses á su disposición, como las damas rusas; en cambio han podido sus salones con los árboles enanos de las islas del Nippon. Pinos, olmos, encinas, bambúes, mismos como estatuillas de barro, encerradas en cárceles de porcelana, estrechados, mortizizados, convertidos en entes de pesadilla. Los fabricantes de monstruos vegetales han ficado el límite del crecimiento de esos árboles. Y tienen esos árboles las raíces nudas, los troncos agrietados, la vejez secular, en su prodigiosa pequeñez. Pudieron rivalizar con las enanas de Japón, contemporáneas de las enanas de Líbano; con los pinos magustuos, iluminados por la armonía de los ruisenores; con los bambúes, flexibles

---

Tenemos japoneses

Los japoneses han entrado triunfantes en Moscú. Triunfan en como Don Juan, glamurosas un Don Juan de ojos negros, nariz chata, pómulo saliente, tez amarilla, recio cabello, biote melocómicamente caído sobre las comisuras de los labios. Lo imagináis pequeño, flaco, nervioso, chapurreando el inglés y balbuceando el ruso, estupefacto todavía, después de su viaje interminable al través de las estepas, hasta las orillas del Neva? Un Don Juan de Oscha ó de Kioto, sin duda alguna, para el uso de geishas ó de músicos poco sentimentales, escapados de un país de abanico... Os ensañáis. Son los conquistadores de esas admirables mujeres del norte, magníficas bellezas de la raza de oro y de aurora, ¡Cómo resiste al capitán cuando lo inspira un diablo inverosímil, como un tui, huésped de redoma, bravío y maligno, que vive aún por que los cosmos no lo dieron tiempo para abrirse el vientre? ¿En verdad, eso sería superior á las fuerzas femeninas? Y los prisioneros japoneses alegran sus tristezas con las declaraciones de amor de las damas rusas; las cartas que dan citas, que piden citas. Las cartas que descubren un nuevo judío, Pardenan, señora, ya os tocará vuestro turno. No se puede complacer á todas al mismo tiempo, Miradme: tengo acaso el aspecto de Hércules?

No. Ciertamente; no tienen el aspecto de Hércules los oficiales japoneses. Además están en Rusia donde un hombre de seis pies de estatura es un hombre vulgar.

Cuando por las malas artes del doctor Chorloumeau el alma de cierto gran señor estuvo fué á hospedarse en el cuerpo de un joven caballero francés, ese pobre cuerpo estuvo á punto de ser vilmente apleado por los lacayos: - Este hombreclío pretende ser nuestro señor! decían los servidores del magnate. Así lo cuenta Teófil Gautier. Pero ese hombreclío no había luchado contra Stoessel ni había estilizado con la punta de su bayoneta la interminable retirada de Kurapatikine.

He ahí las avanzadas del peligro amari-
como talles de mujeres, que se juntan en haces apretados y abren al sol sus quitasoles amarillentos; pero entre los dedos pa-
cientes del fantástico jardínero de Yokohama,
esos miserables seres han realizado en el
mundo vegetal la leyenda de Pulgarcito. También para ellos un insecto es un formi-
dado hecho a su imagen y semejanza.

Imaginad la envidia de los falderos, gran-
des como un puño; de los monos favoritos,
po-co mayores que un jilguero; de las tortu-
gas imperceptibles, cuyas conchas están
incrustadas de piedras preciosas! Imaginad
sobre todo, el desprecio de las damas parisi-
enses que no pueden agregar a estos en-
cantadores personajes, un oficial japonés
auténtico, que haya caído prisionero y con el
cual se pueda flirar un poco, junto a los árboles enanos, entre el títl, el faldero, y la
yortuga deslumbradora!

El emperador de Anam

Pero las parisienses tienen su anamita.
Esta anamita es un emperador. Monarca dispo-
sele, roil en el, de Alfonso Daudet, confinado en Argel, que aprovecha un
permiso del ministerio de las Colónias, para
visitarn Paris, Versalles, el Petit Trianon y
para cesarse con una francesa, 'hija de un
magistrado.

Cuando se habla en Paris de un monarca
de Anam debe pensarse en el retrato que
trajo de su misión asiática el joven Joseph
de la Nièze; pero ese retrato no era el de
Ham-Nghi, derrocado por la República fran-
cesa en 1885, sino el del soberano actual,
Tom-Tai, sentado en su trono. Sobre el cual
encandila sus horribles ojos un dragón hi-
erático —vestido de telas resplandecientes, con
los pies apoyados en fantasías quimeras de
oro; visión de ensueño, prodigiosa.

Ham-Nghi, hijo viudo de un comerciante
en Argel, Fernand Haase, lo pinta: corta
estatura, muy joven, se diría un efebó, un
efebó elegante: su rostro de marfil está ilu-
minado por dos ojos escudriñadores y mó-
viles; su bigote es negro y caído; cuando
sonríe descubre dientes de canela blanca que
han perdido el hábito del beso anamita; y
sus manos son las más finas que pueda
verse.

Este pequeño gran señor, es artista; pinta,
ador la naturaleza, filósofo un poco, pro-
fesa la religión de Confucio. Al ver pasar
su silueta, fina y triste, junto a los grandes
árboles de Versalles, nadie traeará, sin duda,
a la memoria, al monarca espléndido de la
sagrada corte de Huy, al guerrero que puso
en jaque a los soldados franceses en las
montañas de Kuan-Tsi; outlar, un poco
Arthur y otro poco Robin Hood, que defen-
día simplemente su trono y su libertad, con-
tra los occidentales intrusos y ambiciosos.

Pero no compadecíamos demasiado al an-
amita de cara de marfil. Suya sencilla psicolo-
gía debe tener muchos secretos para noso-
tros. No es Creso en la corte de Kambises, ni
Dionisio maestro de escuela en Corinto, ni
Napoleon en Santa Elena, ni don Pedro de
Braganza en Paris; no es siquiera el viejo
Krujer, león de ajenas guerras, muerto al
peso de sus años, de sus tristezas y de sus
millones. Esa encantadora joven que con-
siste en ser emperatriz destronada, sin ha-
ber reinado jamás, puede llevar a Ham-Nghi
al reino maravilloso de la felicidad. Y Ham-
Nghi no podrá quejarse. Quien sabe si no
acabarás por envidiar su sucesor, el mag-
nífico emperador Tom-Tai, cuando al salir
de un cuarto en el palacio de Nueva York
llame a su primer emuño su cochero y su
ban ambos en el automóvil inglés, para
aplastar anamitas por las calles de la ciu-
dad.

Amores principescos

Porque su Magestad Ham-Nghi realiza un
matrimonio de amor, lo que es, un poco el
sueño de todos los principes, por muy am-
pliamente que se indennicen, en el curso
de su vida, los que no han podido realizar-
lo. He oído referir una historia a un viejo
chambelán de Don Pedro II.

El último emperador brasileño, cuando
contrajo enlace con una princesa de la
ra-
ma de los Borbones de Nápoles, jamás ha-
bía visto a su novia. Fue representado en la
corte niparce por su embajador en la
corte de las Dos Sicilias. El primer encuen-
tro debía ser para ambos una revelación.
Los cortesanos espiaban los rostros para
sorprender las impresiones. No fué necesar-
rio. Ninguno de los imperiales esposos pu-
do, al mirar al otro, reprimir una exclama-
ción en la lengua nativa, en voz muy baja;
pero suficientemente perceptible para los que
se encontraban más próximos:
—¡Que bell’uomo!
—¡Que mulher tão feia!

Don Pedro fue, sin embargo, fiel a su
santa esposa. Ved en cambio, a ese viejo
marque de regal de los belgas... Verdad
es que reserva todas sus severidades para
sus hijas que podría guardar para si? Es,
Espanha, quien sae de lecho enseñoreado del
archiduque Rodolfo y busca un poco de
paz y de amor, a espaldas del trono, en una
messaillance: Luísa de Coburgo, —confinada
en un manicomio por un esposo brutal y
sin escrúpulos— que encuentra el salvador
de la balada en un joven oficial que la aos-
ra; Clementina, la última, obligada a salir
de Bruselas, a viajar; talvez a encerrarse
en un castillo, para evitar los progresos de una
pasión que no ha buscado su objeto en las
gradas de un trono...

—Acúrate de que eres hombre, decía
el poeta Simonides al rey macedonio que
esperaba de sus labios una frase profunda.
Cada paso que dais ¡oh reyes! os recuerda
estas palabras, y os empeñas, sin embargo
en olvidárlas. Vuestro barro, yo os lo juro,
no es diferente del de Orelia I, rey de Ara-
cania, de Maria I, rey de los Sedang; de
Santiago I rey de la Trinidad, de Jacob I
emperador del Sahara; de todos esos avan-
teriores que sonaron en fundar dinastías, tan
largas, tan gloriosas, tan épicas, como la
dinastía de Habsburgo, como la dinastía
de Saboya ¿cómo la dinastía de Braganza; el
amor como la muerte, empuja con el pie lo
mismo la puerta de la choza miserable que
la del palacio soberbio.

RICARDO JAMES FREYREF.
LA PROTESTA
DIARIO DE LA MAÑANA

Se acogen toda clase de denuncias por abusos de autoridad, patronales, etc. etc.

REDACCION Y ADMINISTRACION:

359 Calle Cordoba 359
Buenos Aires

Anuario Cartolístico
Sud Americano

ACABA DE APEARER

Director: A. PELLICER, ex-director de las Revistas «NOOGRAFIA» y «TARJETA POSTAL» que ha demostrado su inegable competencia en la materia.

Trátese de hacer obra original y útil, elegante y artística; que sea á la vez verdadera guía del coleccionista; archivo de pensamientos de descollantes personalidades; ramillete de sentencias, proverbios, aforismos, cantares y epigramas; album de reproducciones de hermosas tarjetas, últimas novedades ilustraciones y viñetas de reputados artistas; algo sobre la nueva lengua universal ESPERANTO, de la que tanto se usa para el intercambio postal internacional, sección destinada á los albums particulares, con transcripción de culminantes escritos; descripciones artísticas; conceptos filosóficos; colección de pensamientos originales de todo orden; cuanto sea novedoso y relacionado con las tarjetas postales. Almanaque, y LA MAS EXTENSA LISTA QUE SE HAYA PUBLICADO DE COLECCIONISTAS NACIONALES Y DE LOS MAS IMPORTANTES EXTRANJEROS, etc., etc.

Para figurar en esta LISTA DE COLECCIONISTAS, basta enviar una tarjeta postal con la firma y domicilio del remitente al editor P. TONINI, FLORIDA 470—BUENOS AIRES. Los que deseen añadir algunas indicaciones más pagarán 0,20 centavos la línea.

“MUSICA PROHIBIDA”
UN VOLUMEN DE VERSOS

POR ALBERTO GHIRALDO

Precio: Un peso. Pedidos á la Administración de: Martin Fierro
Santiago del Estero 1072
Buenos Aires